

Director

Francisco

Javier Caro

González

Coordinadora

Antonia

Isabel Nogales

Bocio

Emprender en femenino en la Comunicación

Cuadernos Artesanos de Comunicación / 60



Universidad
de La Laguna



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA



Sociedad Latina de
Comunicación Social

Cuadernos Artesanos de Comunicación - Comité Científico

Presidencia: José Luis Piñuel Raigada (UCM)

Secretaría: Concha Mateos (URJC)

- Bernardo Díaz Nosty (Universidad de Málaga, UMA)
- Carlos Elías (Universidad Carlos III de Madrid, UC3M)
- Javier Marzal (Universidad Jaume I, UJI)
- José Luis González Esteban (Universitas Miguel Hernández de Elche, UMH)
- José Luis Terrón (Universidad Autónoma de Barcelona, UAB)
- José Miguel Túnnez (Universidad de Santiago, USC)
- Juan José Igartua (Universidad de Salamanca, USAL)
- Julio Montero (Universidad Complutense de Madrid, UCM)
- Marisa Humanes (Universidad Rey Juan Carlos, URJC)
- Miguel Vicente (Universidad de Valladolid, UVA)
- Miquel Rodrigo Alsina (Universidad Pompeu Fabra, UPF)
- Núria Almiron (Universidad Pompeu Fabra, UPF)
- Ramón Reig (Universidad de Sevilla, US)
- Ramón Zallo (Universidad del País Vasco, UPV-EHU)
- Victoria Tur (Universidad de Alicante, UA)

* Queda expresamente autorizada la reproducción total o parcial de los textos publicados en este libro, en cualquier formato o soporte imaginables, salvo por explícita voluntad en contra del autor o autora o en caso de ediciones con ánimo de lucro. Las publicaciones donde se incluyan textos de esta publicación serán ediciones no comerciales y han de estar igualmente acogidas a Creative Commons. Harán constar esta licencia y el carácter no venal de la publicación.

* La responsabilidad de cada texto es de su autor o autora.

PRÓLOGO

Mujer emprendedora y con poder: ¿mímesis o ruptura?

QUE ESTE LIBRO es un acierto y que la mujer tiene pleno derecho a emprender –y no sólo el derecho sino la obligación de hacerlo– es algo indudable e incuestionable, está en la Constitución española de 1978, sin ir más lejos. Pero que tal derecho y tal obligación precisan de un contexto que los acompañe, es decir, de unos requisitos, resulta, asimismo, un vector indispensable. Y ese contexto no existe en la coyuntura de la sociedad mercantil actual. Podemos aspirar a llegar a Ganimedes pero primero debemos saber si disponemos de la tecnología adecuada para hacerlo. Al menos desde el Código de Hammurabi (1760 a. de C) el mundo se puede arreglar desde una mesa de estudio pero no por ello tal arreglo tiene que ser el adecuado.

Sentada la premisa del derecho incuestionable de la mujer al trabajo, tendremos que centrarnos en el doble problema nuclear de la cuestión para evitar la bipolaridad escapista, falsa y promotora del despiste y el dominio de “los y las de arriba” que se concreta en la guerra chica contra chico, hombre contra mujer y viceversa. Los dos problemas que desglosan la doble problemática son la existencia del mercado y el comportamiento de la mujer –o de determinadas mujeres, si se prefiere así– cuando entran en el mercado laboral y/o cuando poseen poder en mayor o menor medida.

Sobre el primero de los problemas –el mercado– afirmaré, sin tapujos, que, igual que “todos los caminos conducen a Roma”, casi todos los problemas culturales de los seres humanos conducen al mercado como causa. La cultura es aquello que los humanos creamos para organizarnos y no autodestruirnos. Pues bien, la cultura hegemónica es la que hemos creado en forma de mercado

depredador. Ahí desembocan casi todas las raíces de nuestros déficits espirituales y materiales. Por tanto, lo anterior quiere decir que el segundo de los dos problemas que aquí se manejan se puede formular así: siempre que la mujer trabajadora imita o se adentra y se identifica con el contexto depredador mencionado, e incluso aumenta su característica, se convierte no en una solución sino en otro elemento más del problema y, por consiguiente, para llevar a cabo ese viaje no necesita sus alforjas feministas ya que se equipara al hombre depredador.

Claro que, para empezar, tenemos un atenuante a favor de la nueva mujer trabajadora, al margen de la consabida postración histórica: el atenuante es su novedad histórica en la plaza laboral y en el llanto y rechinar de dientes que es el mercado salvaje actual y pasado. La mujer debe adaptarse a la vorágine igual que lo hacen millones de hombres y no igual sino de manera más intensa y complicada porque se encuentra en un ecosistema que, en gran medida, le es ajeno y hostil. Pero millones de hombres y una minoría de varones y de hembras ilustres –con todos sus defectos humanos– están intentando desde hace siglos superar la causa profunda de sus males: la explotación del humano por el humano, la agresividad del humano contra el humano, el escaso o nulo miramiento y actitud empática que el humano ejerce en relación con el humano. De manera que, si la mujer trabajadora no se suma a esos “utópicos” que quieren cambiar la estructura para que se mueva la superestructura, no creo que la mujer trabajadora aporte nada esencial a la sociedad con su trabajo.

Bien está que se halle en el mercado pero eso no paliará el problema de fondo y menos lo solucionará. La mujer, si quiere con su trabajo y poder cambiar la sustancia de lo que ocurre, tendrá que luchar contra otras mujeres y otros hombres y alinearse con otras mujeres y otros hombres que deberán tener en cuenta los derechos de la mujer y ésta demostrar que, en efecto, “anuncia algo nuevo”, como dijo Gabriel Celaya sin distinguir mujeres de hombres.

Tal vez, miradas desde el pensamiento postmoderno -que es el realmente hegemónico en la actualidad- mis impresiones sean “antiguas”, claro está, pero clásicas aunque lo clásico ahora es desterrado y una casa confortable y acogedora se sustituye por un frío

slow, un simple almacén con sofá cama y escalera. Lo anterior es una moda. Sin embargo, igual que en ciencias biológicas y médicas no discuten sobre la efectividad de los descubrimientos de Fleming sino que avanzan sobre sus bases, en ciencias sociales es una pérdida de tiempo hacerlo sobre las no influencias decisivas del contexto en el ser vivo que lo habita. El humano no por fuerza tiene que ser el orteguiano “yo y mis circunstancias” sino el marxista “mis circunstancias sociales y yo” o la máxima freudiana “el yo no es dueño en su morada” y, si no, que se lo pregunten a los ya numerosos trabajadores políticos de la cosa pública que –con la complicidad o complacencia de sus parejas femeninas– meten la mano en el cepillo colectivo a pesar de haber sido educados en la solidaridad, caridad y demás ideas culturales creadas, repito, para evitar la autofagocitación. El ser humano no nace libre sino que debe conquistar su libertad interna y externa mediante la observación, la sensibilidad, la formación y el estudio. En pocas palabras, debe someterse a un proceso de autoconocimiento y, aún así, no es fácil lograrlo porque si lo fuera no sería preciso ni editar el presente libro ni, por consiguiente, escribir este prólogo. Hay una interacción entre Ortega, Marx y Freud pero los dos últimos pretenden –es mi interpretación– llevarnos al primero mientras que el primero de la impresión de que es demasiado optimista a pesar de sus acertadas visiones sobre las masas y las élites.

De algo hay que hablar, decimos de vez en cuando, “Hablar por hablar”, se titula un programa de radio donde el receptor desarrolla terapia gratis, el presentador nunca se moja sino que lo hacen otros oyentes y entre todos –“pacientes” y “terapeutas”– le configuran el programa a la empresa sin cobrar y además quedan muy satisfechos y descansados al haber desarrollado una buena obra. Excelente negocio: la empresa gana audiencia y dice que hace un servicio público y es verdad: permite que unos se desfoguen y otros se sientan útiles en su vanidad.

Pero ya creo que es momento de que dejemos de hablar por hablar, de escribir por escribir, de analizar por analizar, pensando en metas epidérmicas a las que incluso llamamos académicas, y proceder a “coger el toro por los cuernos”. José Saramago afirma: “La misión del escritor es susurrarle a la gente: no les creas, no cumplas sus

órdenes, resístete a dar por verdad eso que te aseguran que es verdad”.

Paul Baran, profesor de la Universidad de Stanford y economista, sostiene: “un intelectual es en esencia un crítico social”, una persona cuya preocupación es identificar, analizar y, por esa vía, contribuir a superar los obstáculos que se oponen a un orden social mejor, más humano y más racional. Es así como el intelectual se convierte en conciencia de la sociedad, y en el portavoz de sus fuerzas más progresistas en cualquier periodo de la historia. Y como tal, se le considera, inevitablemente, como un *creador de problemas*, una *molestia* para la clase dirigente que no está dispuesta a perder su *status quo*. Y los trabajadores del intelecto al servicio de la *superioridad* acabarán acusándolo de ser utópico o metafísico, en el mejor de los casos, o de subversivo y sedicioso, en el peor.

La idea del compromiso intelectual ha recorrido siempre los estratos más conscientes de la sociedad pero ahora ha caído en desuso. El Poder aprende de sus errores y a los intelectuales más lúcidos y transgresores se les dio demasiada cancha entre la juventud -y la población en general- en los años 60 y 70 del siglo pasado, igual que se les dio demasiadas facilidades a los periodistas en las guerras de Corea (años 50) o Vietnam (años 60 y 70), por ejemplo. ¿Por qué seguir con esa dinámica? No, era necesario un giro. La caída del Muro en 1989 y la de la URSS en 1991 vino de perlas para acentuar algo que ya se había iniciado: los periodistas serían controlados en todo momento mediante *pool de medios* que debían ir a los conflictos con el visto bueno del ejército de los Estados Unidos –sobre todo, aunque el fenómeno tomó cuerpo en la Guerra de las Malvinas, entre Inglaterra y Argentina– y, a pesar de todo, José Couso y otros periodistas murieron en extrañas circunstancias ya en el siglo XXI.

En cuanto a los intelectuales disidentes, ¿para qué los queremos? De ellos se derivan obras literarias y ensayísticas y, de esas obras, cine, series, documentales. Era preciso neutralizarlos. Hay que eliminar a los revolucionarios e impulsar a los rebeldes. La sociedad de las nuevas tecnologías –llamada erróneamente del Conocimiento– era un estado ideal para incrementar las ideas de Maquiavelo, Locke o Lippmann: el pueblo debe distraerse y sentir, sobre todo, no pensar.

La gente debe asombrarse, no reflexionar. Y la propia condición humana de ese pueblo facilitaba las cosas: la mayoría de nosotros nos movemos por emociones, no por razonamientos, el alma está en el cerebro, en efecto. *Julia, Rojos y Novecento* son películas –con mujeres en primer plano– que hablan de revolución. *V de Vendetta* trata de rebeldía. Son enfoques distintos, un paso hacia atrás, acompañado por la ignorancia de la perspectiva histórica. Y los continentes (post-producción) ocultan o predominan sobre los contenidos, son como el museo Guggenheim.

En tal contexto de giro hacia lo secundario y de paso desde lo importante a lo interesante, se asienta el incremento del conflicto hombre-mujer que no es falso pero sí se encumbra y se engorda como problema y como ejemplo del divide y vencerás, aplicado a los géneros humanos. Si antes se hacía sólo con los hombres, ¿por qué no hacerlo ahora, además, con los géneros? De los niños con los niños y las niñas con las niñas a los niños malos contra las niñas buenas que quieren trabajar pero los hombres perversos no las dejan. Claro que esto tiene una indudable alta dosis de realidad pero lo grave es colocarlo ahí, en el centro del asunto, sin nada que lo origine, relacionado con nada, como un dios al que nadie ha creado ni nadie influye sino que en él está el origen y el fin de todo. Y algo parecido sucede con otras causas, como la ecologista.

Es así cómo llegamos a los dos problemas que he anunciado más arriba: en un contexto mercantil como el actual la mujer jamás podrá trabajar dignamente (ni el hombre tampoco) porque el principio básico del mercado es producir todo lo que se pueda al coste más bajo posible. Y trabajar con dignidad, poder compatibilizar familia y trabajo exige inversión, cuesta caro. El Papa Francisco lo está diciendo con esa forma de hablar que tiene la Iglesia, que recuerda a la estrategia que –según el humorista Gila– siguió Sherlock Holmes para que Jack “El Destripador” se entregara: “Aquí hay alguien que ha matado a alguien...”, le decía Holmes –según Gila– todos los días a todas horas al asesino, públicamente, adonde fuera. Y la conciencia de Jack no lo pudo soportar más, se entregó y confesó.

El Papa –éste y otros– casi nunca concreta lo que dice –es uno de los secretos de la longevidad de la institución que representa–, apunta

pero no dispara (¡faltaría más!) pero habla de la codicia, del mercado, de las presiones sobre la gente. Sus recetas son etéreas, como corresponde a su carácter celestial, pero algo es algo.

La presidenta de Argentina, Cristina Fernández, da la impresión de que, desde hace años, le ha tomado la palabra al Papa y, como está en la arena y no en el cielo, actúa con rotundidad contra las raíces del mal que, en esencia, es la actividad mercantil salvaje, carente de escrúpulos hacia el prójimo. He aquí una utilidad indudable de la mujer emprendedora que, por ejemplo, pugna contra el monopolio mediático argentino (Grupo Clarín, aliado de Prisa). Estoy casi seguro –no obstante– de que su compatriota, jefe del Estado Vaticano, no está de acuerdo con ella porque una cosa es predicar y otra dar trigo.

Sin embargo, la señora Merkel, desde Alemania, nos habla de que debemos competir con los países emergentes que fabrican barato y mal entre otros motivos por el trabajo indigno de millones de seres humanos. China explota a su gente para el capitalismo en nombre del comunismo y nos asfixia cada día con sus emisiones a la atmósfera, compitiendo con los Estados Unidos. China afirma: si durante siglos os habéis desarrollado contaminando, ahora me toca a mí. Y además nos obsequia con jornadas de trabajo interminables, condiciones laborales lamentables y seguimos con la política de un hijo por familia.

La señora Lagarde, desde Francia, afirma que el estado del bienestar nos ha vuelto acomodaticios y nos estimula a competir y a ir pensando en terminar con él, es decir, nos acerca al modelo de sus señoritos, los Estados Unidos, que crearon el FMI a su imagen y semejanza, poseen poder de veto en este organismo y han colocado ahí a la señora Lagarde.

En Brasil, a la presidenta, Dilma Rouseff, le han brotado gravísimos disturbios en el verano de 2013 cuando se estaba celebrando la Copa Confederaciones de Fútbol. Fue extraordinario: miles de ciudadanos brasileños contra el dinero del fútbol, ¡en Brasil!, pegándose con la policía, cuestionando tanta pecunia para el deporte en 2014 (Olimpiadas y Mundial de Fútbol) cuando en el país aún está lejos de

desterrarse la pobreza extrema y existen epidemias impropias de un llamado país emergente, como la lepra. Pero hay quien se ha empeñado en catalogar a Brasil como país emergente y ya veremos adónde lo llevan los enormes desembolsos que, en época de crisis en el primer mundo (Francia, Italia, España en recesión y Alemania que no las tiene todas consigo, más China disminuyendo su crecimiento por culpa de lo anterior, entre otros factores), está llevando a cabo no precisamente en obras sociales sino en megalomanías varias que, se supone, y ojalá así fuera, van a conllevar progreso para el país. Pero, por ahora, lo que nos dicen los indicadores en 2013 es que la dinámica exportadora brasileña ha disminuido por culpa de una moneda fuerte y su crecimiento ya es menor.

Merkel es una conversa desde su pasado en las juventudes comunistas de la República Democrática Alemana (RDA) hasta la Alemania actual. Christine Lagarde se forjó laboralmente en los EEUU y trabajó para el Capitolio. En 2013, los diarios *Le Monde* y *El País*, publicaron la carta que le escribió al expresidente Nicolas Sarkozy (parece ser que no se sabe a ciencia cierta si se la llegó a enviar o no porque la policía francesa la encontró, sin fecha, en la casa que Lagarde tiene en París). Desde el punto de vista feminista, me atrevo a decir que la carta tal vez fuera algo entreguista al macho, por no afirmar otros extremos. Decía así¹:

“Querido Nicolás, muy breve y respetuosamente,

- 1) Estoy a tu lado para servirte y servir a tus proyectos para Francia
- 2) He dado lo mejor de mí, pero he podido fallar alguna vez. Te pido perdón.
- 3) No tengo ambiciones políticas ni deseos de convertirme en una ambiciosa servil como muchos de esos que te rodean y cuya lealtad resulta, en algunos casos, poco duradera.

¹ Miguel Mora, 17/6/2013 en: http://economia.elpais.com/economia/2013/06/17/actualidad/1371468800_262276.html, consultado, 28/7/2013.

4) Utilízame mientras te convenga y convenga a tu proyecto y tu casting.

5) Si me utilizas, te necesito como guía y apoyo: sin tu guía podría ser ineficaz, sin tu apoyo podría ser poco creíble. Con mi inmensa admiración, Christine L.”.

La carta se descubrió en el transcurso de la investigación sobre el llamado “escándalo Tapie”, un empresario que recibió irregularmente 403 millones de euros de las arcas públicas cuando la señora Lagarde era ministra. Lo de menos es el escándalo en sí, lo importante es cómo una mujer con poder actúa cuando lo tiene y cómo puede llegar a tenerlo: igual que un hombre. No todas las mujeres son así, por supuesto. Ni todos los hombres pero aquí no estamos en esa pugna cultural que, como ya he dicho, nos han impuesto para distraernos y dominarnos mejor, aquí hablamos de seres humanos, lo que sucede es que yo estoy prologando un libro sobre la emprendedora laboral y me veo obligado a acotar y a veces a enfocar de manera miope el asunto.

Dilma Rouseff pertenece al Partido de los Trabajadores, fue la heredera política de Luiz Inácio Lula da Silva, con el que Hugo Chávez contaba para su revolución pero luego prefirió tomar un camino digamos menos estruendoso, que molestara menos a los estadounidenses.

Lo que quiero argumentar con todo lo anterior es el significado y sentido profundo de la mujer en el trabajo y con poder, una vez que he sentado la premisa indudable de su derecho a trabajar. Pero, como indiqué en mi libro *Todo Mercado* (2011), el problema es conocer si el problema del mundo tiene arreglo. No estamos ante hombres o mujeres, estamos ante seres humanos que pugnan entre sí y eso no es nada nuevo, está ahí desde siempre. Lo nuevo es la presencia, ahí arriba, de la mujer pero no es lo mismo Thatcher o Merkel que Fernández y todas son emprendedoras al máximo. ¿Dónde está el punto sustancial de diferencia con hombres similares a ellas, Reagan, Cameron, Correa?

El problema no es detectar el cáncer del mundo, eso ya está detectado: se llama mercado totalitario. También ha estado ahí

siempre y la *doctrina neocon* une la condición humana con el mercado. Lo negativo es que el mercado ha ido acrecentando su forma posesiva y fuera de control, llevándonos –en occidente– a otros tiempos que se superaron con sangre, sudor y lágrimas. El problema es saber si tenemos recambio para el problema. ¿Forman parte las mujeres trabajadoras y con poder de ese recambio? ¿Forman parte de la solución? Eso es lo que debería centrar las investigaciones sobre la temática que da sentido de ser a este libro. El resto de los asuntos serían colaterales y relevantes, interesantes pero no importantes ni cruciales, interesantes para llegar al núcleo de la cuestión pero lo que nos interesa es entrar en ese núcleo y diseccionar su composición.

Mientras las atractivas temáticas que se abordan en este volumen sirvan como fuentes documentales para llegar al fondo –y a mi juicio, sirven sobradamente– sean bienvenidas. Por eso es necesario alegrarse de su publicación.

Ramón Reig

Catedrático de Estructura de la Información
Universidad de Sevilla